

EL ARCO

Núm. 284 Cartagena 8 Agosto 1919 Año XII

Periódico Católico de propaganda

CON CENSURA ECLESIASTICA

Costealo por bienhechores

REDACCION Y ADMINISTRACION: P. TRES REYES, 2.

No se devuelven los originales

El espectro de las revoluciones

Un temor general hace vivir a los Estados en nerviosismo constante, en permanente inquietud; es el temor a las revueltas, el miedo a la revolución, revolución que como ave fatídica y agorera parece volar sobre su recinto, quitándoles libertad moral y amenazando destruir con su empuje violento a los gobernantes que no cumplen su deber, porque no hacen de este deber el apostolado de su misión. Pero no siempre sabe el pueblo levantado sancionar con su conducta la gestión de quien le manda, porque con mucha frecuencia salen ileso de la catástrofe los culpables, y en los inocentes se ceba vengativo la ira popular.

Y es esta la primera razón porque las revoluciones son infecundas, y son infecundas porque no limpian, arrasan; son como ríos desbordados que dejan en sus orillas lodos y cieno, arenas y guijarros y sobre ellos también caídos los árboles gigantes que defendían las riberas.

Hubo un tiempo en que las revoluciones eran engendradas por un ideal: el Renacimiento como prólogo de la Reforma; nació para hundir al Cristianismo pujante que había creado una civilización bienhechora. La revolución religiosa le asustaba el segundo golpe y quedó vencida como los monarcas que le habían patrocinado. Substernieron las revoluciones políticas fundadas en el egoísmo de los reyes, y los tronos eran como copas de torneos que ocupaba el vencedor. La lucha era noble, franca, leal. De una y otra parte había legionarios que se juntaban en alcanzar la victoria.

Pero hoy gloriado está el fin desinteresado de nuestros revolucionarios? Yo le he buscado y no le encuentro, estará entre tierra como su vida toda. Se desarrolla en el cielo y la cubre el todo; por eso su conducta está

cuajada de manchones que no ven las masas a quienes seducen.

Pero si en nuestros revolucionarios no hoy honor, existe audacia y su audacia les ha dado el relieve que por sus méritos no hubieran logrado y su audacia ha conseguido instruir a muchedumbres ciegas que les creen como a profetas y tal vez les adoren como a ídolos, pero como todos los ídolos duran poco en su pedestal, porque es de arcilla.

Por fortuna, nuestros revolucionarios son demasiado burgueses y se excelen en sus órdenes, tal vez al firmar la condena de la Monarquía, sus cuerpos sirven de tribuna desde la que se organiza la República triunfal... porque cuanto la nobleza del corazón no dirige la defensa de una causa, sus caudillos son las primeras víctimas. Es que todos esos caudillos empiezan siendo conductores de la plebe desenfrenada y acaban siendo sus dictadores, comienzan su carrera en la tribuna y la terminan en el patíbulo son encumbrados por el cariño de la muchedumbre desbordada y caen después derrocados por el odio ciego de ese pueblo vengador; es que todas las revoluciones tienen su Robespierre, pero a todos los Robespierre les espera el cadalso y todos llegan a él.

Todos nuestros revolucionarios chillan demasiado, son sus ecos como el de esos gozquecillos de nuestras majadas; ladran, ladran excesivamente... y el caminante prosigue su ruta sin preocuparse del ladrido; de aquí que mientras vocen, su labor será efímera, ineficaz, estéril. Dadas unas migajas de botín y quedarán contentos, los que no pudieron almacenar en bancos extranjeros los capitales que adquirieron en agios vergonzos. Yo tengo la seguridad de que nuestra revolución triunfante sería muy aristócrata porque podría conducir a sus víctimas en los automóviles de sus caudillos, aunque estos sólo tengan capacidad para ser los *chauffeur* de esos vehículos.

La revolución destruye a Europa, desgaja los imperios y inquietúa los tronos, eleva al poder a los osos y a los capaces, vulnera el derecho y pisotea a la razón, desprecia a la justicia y se mofa del orden, destruye la propiedad y degrada a la familia. En esos pueblos sublevados es una realidad, pero realidad trágica, macabra, buctuosa; la revolución los empobrece, los prostituye, los degenera, porque en nombre de una democracia alzada del envilecimiento, organiza unas instituciones insensatas y pérfidas.

En nuestra patria, por fortuna, la revolución es un espectro, es una fierecilla que muestra su dentadura no sabemos si para masticar o para asesinar; pero fierecilla con escasa melena para infundir pavor.

El pueblo español está oprimido, esclavizado por la promesa paradisíaca de tanto redentor; pero hay que arrancarle de esas manos falaces y exponerle que en las avanzadas en que se alistan no les espera más que el abismo, y que su redención no la conseguirán los revolucionarios con sus heroicidades tribunicias, sino ejercitando las ciudadanas virtudes que prostituyen aquellos y él desconoce.

Urgó salir del indiferentismo ofensor en que yacen las clases conservadoras, que obra suya es la de ahogar el espectro maldito que ensombrece a la patria, defendiendo con bravura a la Monarquía que simboliza Religión, familia, propiedad y paz, y descendiendo al caído, levantándolo de su prostración y redimiendo sus miserias. Todas esas corazas y escudos que se ostentan en los salones de nuestras casas nobles deben salir a la calle para recibir los ataques de los adversarios y así al reconocer nuestra valentía, queden humillados, porque ante nuestro poder su impotencia se desmorona, su escándalo se ahoga y su perversidad se encarcela.

ELEEB-AAN SERRANO RODRIGUEZ

El vestir femenino

...Mejor disfamos el desvestir.

Bien. Pues a cuento de esto del vestir o desvestir femenino, punto demasiado interesante en que no se puede hoy levantar mano... nos resistimos al deseo de copiar un argumento, en esta cruzada de moralidad y de *Defensa de la* más hermosa de las virtudes de una mujer cristiana del modesto pudor.

El argumento no es de ningún santo padre ni de ningún varón de los que el siglo llama rancios. Es un nuevo latigazo que a nada mecos que a la pluma de Mariano de Cavia, escritor nada remilgoso ni pudibundo, sino bastante libre y liberal de tomo y lomo y poco amigo de lo que es piadoso, ha arrancado, por segunda vez en poco tiempo, ese modo de ir vestidas—o desnudas—las señoras y las mujeres por las calles.

Otra vez que tenemos que pedir perdón al público por la viveza de expresión de la satírica pluma de Cavia; pero que consideramos conveniente reproducir el reproche por venir de quien viene, persona nada de sospechosa de clerical.

He aquí el «*califaterazo*» que Cavia pone en boca del barón de Andilla, en el periódico en que ahora escribo sus «*Despachos del otro mundo*»:

Niña, en la iglesia tu cabeza tapa;
San Lino lo mandó, segurado Papa.

Esto es un sano ejemplo
Que conviene también fuera del templo

y lo seguís muy bien con las tartereras
Que en la chola lleváis por coberteras.

Pero ¿por qué, oh chiquillas,
En cambio destapáis las pañatorillas?

Frescas como lechugas
Destapáis igualmente las pechugas.

Y al paso que lleváis,
Destapadas ireis como las «*cháis*».

Dudo que haya un postor
Que os subaste los restos del pudor.

Pues si el pudor se tira por la borda,
Lo mismo es ya la flaca que la gorda.

Y ningún interés al hombre inspira
Íbso que así se tirato

Dejad de hacer (como enseñó S. Pablo)
De la gracia de Dios, gracia del Diablo
El barón de Andilla.